

Tras un modelo superior de felicidad

Por Salvador Medina Barahona

Palabras pronunciadas en la presentación de la novela

Los Ángeles del Olvido

Cuando Borges se refirió a la crisis de la novela de nuestros días, lo hizo —como es obvio— no en razón de sus incuestionables aportes técnicos y formales, sino en razón de un pesimismo arrasador en sus contenidos que cada vez más amenazaba con vedarnos el curso hacia la otra orilla; en otras palabras, la búsqueda de la *felicidad*.

Para Borges la novela habría perdido su condición épica y se habría estancado —con rarísimas excepciones— en un discurso individualista, falto de optimismo, que, antes de ser el verdadero reflejo de una época en crisis, era la guarida ilusoria de réprobos y desahuciados.

Aquel señor ciego y tartamudo, e inmortal, como uno de sus personajes más sublimes; aquel Homero de nuestros días, añoraba los tiempos en que los poetas (épicos, dramáticos, o líricos; pero poetas al fin) cantaban a su pueblo las hazañas, el drama restaurador, o los versos intimistas volcados a la otredad. Tiempos apócrifos tal vez, como gran parte de su obra; acaso como su vida misma. Tiempos en que la búsqueda de la *felicidad* reclamaba epifanías «felices», momentos de realización, o, al menos, caldos de cultivo para la esperanza. Para nosotros, incrédulos a ultranza, nihilistas de traspasar, amantes empedernidos del infortunio, por supuesto que Borges se equivocaba: Qué luminoso pasado sería aquel. Qué pueblos ilusorios lo albergarían. Qué gran palabra apócrifa lo haría eterno ante los ojos de los ingenuos...

Como si viniera de esa antigua claridad; pero, al mismo tiempo, como si a ella se negara, la novela de Rose Marie Tapia sigue su trasiego escabroso por esta hora sin nombre. Unos la miran con recelo porque su luz los excede, los rebasa. Otros, en cambio, se sienten contrariados ante la crudeza y la urgencia de sus temas vitales, con una actualidad a ratos profética, que tocan los fondos de un mar social en bancarrota; nicho acuoso de algas muertas; tumba de oleajes que articulan, en su voz narrativa, los nuevos nacimientos.

Un último grupo, tal vez el que menos importe (si es que importa), no resiste los embates de su labor sostenida e irrenunciable; su proyecto decidido de escritura; su poder de intención volcado en realizaciones concretas; su ahora de luz que ni la más feroz de las sornas corroe.

Los ángeles del olvido, su octava entrega, es una nueva página en la única novela que Rose Marie Tapia se ha propuesto escribir: La novela de la *felicidad*; o, en el más reservado de los términos, la novela de su búsqueda.

Pero no nos engañemos. No se trata aquí, como muchos han querido hacer ver, de una ingenua intención. Todos sabemos que la alegría y la *felicidad* distan mucho de ser sinónimos. Más aún, el dolor y el sufrimiento pueden llegar a estar más cerca de la *felicidad* de lo que ésta lo puede estar de la alegría. **Los ángeles del olvido**, y, de hecho, la obra toda de Rose Marie Tapia, no nos ofrece sino una clara visión de lo que he afirmado: Narraciones orgánicas en pos del fuego, cantos dulceamargos hacia la otra orilla; mas nunca brebajes alegres, recetillas para el sosiego de las almas descarriadas...

El ángel del olvido supone, desde la primera página, un debate entre la vida y la muerte, entre el deseo de ser y el fin, entre el renacimiento de la idea y la abolición (que no es sino la transformación, el reacomodo) de la materia, para uso sagaz de los ideales. Haga la cuenta. Dígame usted cuánta alegría puede hallar en semejantes vaivenes... cuánta *felicidad* posible...

Erasmus Rodríguez busca la otra orilla como consecuencia de un encuentro con la fatalidad. Él, narrador protagonista de esta historia, consciente —a las malas— de los estragos de una vida sin propósito, impacta con su cambio ya no solo la propia vida, sino la de un pequeño universo de seres desvalidos y ávidos de transformación.

La imagen de la portada de este libro (que dicho sea de paso es un detalle del óleo «Niño sabatino» del pintor Juan Manuel Cedeño); esta imagen, decía, nos informa de otro personaje fundamental en la trama: “Mongutito”, apodo del infante de 11 años que se convierte en la principal motivación, el estandarte acaso, del nuevo proyecto social que Erasmus emprende en compañía de Ariadna, su esposa, Perla, su hermana y Rafael, su cuñado; quienes harán causa común en el juego infinito de los olvidos.

Los ángeles del olvido nos llegan como una épica de ideas, como un constante ir y venir de razones que luchan por la derrota del infortunio social, que es la derrota del propio infortunio, la propia sangre envenenada...

El antiguo conflicto ciudad *versus* campo cobra nuevos matices y, a medio camino entre la una y el otro, se van dejando palpar las terribles consecuencias de la extrema pobreza, el analfabetismo, los sueños de opio, la desintegración familiar, el trabajo infantil y el abandono de nuestros adultos mayores.

El título de esta novela es hermoso, poéticamente hermoso; pero de inmediato nos sume en la orfandad, nos hiere de pérdida. Es casi una señal de advertencia, o una invitación a la aventura, condicionada al dolor que hace estragos en los ojos de un niño que es todos los niños; un infante al filo de la derrota; una esperanza que se nos vuelve sal en las manos, lágrima en el pecho; llaga en la boca hediondísima de los indiferentes.

Llena de sensibilidad social, Rose Marie parece decirnos en su propio territorio de rostros y palabras lo que el poeta hondureño Roberto Sosa nos diría hace ya casi 4 décadas:

[Favor abrir vínculo al poema Los pobres y retornar a la lectura de estas palabras]

Los pobres

Aún más, ambos parecen coincidir, uno desde la intimidad y el rigor del poema, la otra desde la fuerza narrativa de su protagonista, en que:

“En realidad sólo lo que hace el hombre por enaltecer al hombre es trascendente.

La yerba cortada por los campesinos es igual a una constelación.

Una constelación es igual a una piedra preciosa, pero el cansancio de los campesinos que cortaron la yerba es superior al universo.”

(La yerba cortada por los campesinos, Roberto Sosa, fragmento)

Porque, finalmente, ángeles y olvido, campesinos y asfalto, sol y sombra, no son sino algunas de las variantes visibles, y en conflicto, de un invisible modelo superior de *felicidad*. Nadie que crea en ello puede resistirse a esta lectura.